

del país. Resistieron las provincias á aprobar estas novedades que representaban la muerte del comercio, y el duque transigió cambiando durante dos años su proyecto por el pago de 4 millones de florines de oro. Al mismo tiempo, dictó una amnistia (Julio de 1570), pero tan llena de excepciones, que, en rigor, casi nadie alcanzaba. Cuando, pasados los dos años, quiso volver el duque á su plan de nuevas contribuciones, tropezó con oposición enérgica, no sólo de los pueblos, sino también de Consejo privado, en que figuraban los más leales realistas, y todo el clero, dirigido por los obispos; pero no se dejó intimidar, y publicó el decreto en que imponía aquellos tributos. Tirantez llegó á ser grandísima, y ya era de presumir que acudiriese á su sistema favorito, cuando se recibió la noticia que los corsarios (*queux de mer*) que pululaban en las costas de Flandes, continuadores de la liga de los mendigos y alentados por Orange (cuya marina formaban), se habían apoderado del puerto de Brielle (1.º de Abril de 1572). Este golpe fué la señal de un levantamiento de todas las provincias del NO. (Holanda, Zelanda, Güeldres, Overisel, Utrecht). Los sublevados, con el apoyo de Francia é Inglaterra, juraron fidelidad al rey y nombraron gobernador á Orange, frente á Alba (Unión de Dordrecht). Poco antes, Luis de Nassau se apoderaba de Mons, en el S. (Mayo de 1572). El duque, atemorizado, vocó el edicto de tributos, pero era ya tarde. Orange había penetrado en Flandes con un ejército, y la situación se le hizo muy apurada. Mas, de pronto, los sublevados se vieron desamparados por Francia, donde la reacción contra los hugonotes había concluido por triunfar (noche de San Bartolomé, 24 de Agosto de 1572) y la campaña fracasó. Las ciudades rebeldes fueron cayendo en poder de las tropas españolas y castigadas cruelmente, sin respetar sexo, edad, ni condición. Hasta las mismas iglesias católicas fueron saqueadas. Los excesos cometidos también por la soldadesca insubordinada de Orange ayudaron al fracaso. Sólo se resistieron algunas ciudades de Holanda, y contra ellas se dirigió Alba, al mismo tiempo que procuraba el asesinato de Orange, expediente político muy de la época. Así las cosas, llegaron órdenes del rey destituyendo al duque de su cargo de gobernador (Octubre de 1573).

637. Fracaso de la política de conciliación.—Varios motivos habían decidido al Rey á dar este paso. En primer lugar, la ineficacia del sistema de Alba, puesto que, no obstante el aparente éxito del principio, bien pronto se vió que la sublevación retoñaba con grandes bríos, consumiendo hombres y dinero; y así decía Felipe que el duque «le había robado los Países Bajos». Uníanse á esto las constantes peticiones de los más fieles realistas flamencos, del episcopado y del pueblo todo, unánimes en considerar funesta la continuación de Alba, y acordes en ello con la ex regente y Granvela, según la correspondencia de estos dos personajes ha demostrado. Como era natural, el cambio de Gobernador, dados estos motivos, suponía el cambio de política. En efecto, el sustituto de Alba, Don Luis de Requeséns, comendador mayor de Castilla, traía instrucciones para resolver la temerosa situación por medios de templanza, aunque muy relativos, según veremos.

Pero todo remedio llegaba demasiado tarde. Si no se dió cuenta exacta de esto, Requeséns, por lo menos, llegó á sospecharlo, y desde luego se percató del gravísimo estado de las cosas. Así se desprende de las cuatro cartas que dirigió al rey en 30 de Diciembre de 1573. De ellas resulta: que la carencia de dinero imposibilitaba en gran medida las operaciones militares, haciendo frecuentísimas las deserciones de soldados y marineros y fáciles los motines de unos y otros; que la mayoría de las personas de rango simpatizaban con los rebeldes, aunque siguieran sirviendo al rey; que contra el parecer de Alba y algunos consejeros españoles, el perdón no sólo era indispensable, sino que ya se había diferido demasiado (por sugerencias del duque), pues la sublevación estaba muy difundida y, aunque no recibiese apoyo de otros países, sería difícilísimo vencerla; que el motivo del levantamiento era en gran parte político, pues el descontento era «general y común de católicos y herejes, eclesiásticos y seglares, y de la nobleza y el pueblo»; y que el desconcierto administrativo era enorme, consumiéndose grandes sumas sin utilidad, sin contar lo que «hurtan los capitanes y sus oficiales y aun los de la Hacienda».

Las instrucciones que Requeséns traía eran de emplear á la vez, los temperamentos de fuerza y los de conciliación, pero

estándole terminantemente prohibido perdonar los delitos rebeldía y los religiosos. Requeséns comprendió que este límite impuesto á su gestión en punto á los delitos políticos, trajo muchos inconvenientes, y así lo declaró al rey mismo, quien puso remedio. De todos modos, al nuevo gobernador le era inexcusable continuar la guerra. Para ello contaba con un ejército de 59,580 hombres y dos escuadras; aquél, indisciplinado, falto de recursos; éstas, con poca é insegura marinería y sin jefe. Una primera tentativa para levantar el sitio de Middelburg produjo, por impericia, la derrota de la división naval que á él se dirigió, y Middelburgo tuvo que capitular (22 de Febrero de 1574). Tomó Orange la ofensiva, auxiliado pecuniariamente por Carlos IX de Francia; pero fué vencido en la sangrienta batalla de Mook, por el general Sancho Dávila (Abril). La sublevación de las tropas españolas, comenzada la noche misma de esa victoria, impidió aprovechar todas sus consecuencias militares. La causa de la sublevación era la falta de pagas; y como Requeséns carecía de fondos, no se pudo apaciguar. Los sublevados se dirigieron á Amberes y entraron en la ciudad cometiendo todo género de excesos y amenazando al mismo gobernador, quien tuvo la debilidad de no reprimir duramente el motín por temor de quedarse sin lo mejor del ejército, y se acomodó, al cabo, á las humillantes condiciones que le impuso la tropa. El efecto que en el país causó este hecho, fué deplorable; pues los habitantes que quedaban fieles al rey, comprendieron que éste carecía de fuerza incluso para garantizarles la seguridad. También se reflejó el motín en el fracaso de las medidas conciliadoras de Requeséns respecto de los rebeldes; pues al perdón general que publicó (6 de Junio de 1574) no se acogió nadie, y la supresión definitiva del *décimo y vigésimo* impuestos por Alba y del Tribunal de los Tumultos no causó efecto y se vió contrarrestada por otras peticiones de los Estados generales. Requeséns tuvo que decidirse á entablar negociaciones con el príncipe de Orange, quien se prestó á ellas con el propósito de ganar tiempo. Las instrucciones dadas al rey á este propósito contenían siempre la reserva de no ceder en nada «que toque en menoscabo de alguna (cosa) de las de nuestra santa fe católica, porque jamás verné en que en ésta

haya un punto de quiebra, aunque se pierdan los Estados»; y en esto Felipe era más rígido que el clero flamenco, dispuesto á contemporizar. Las negociaciones fracasaron ante la condición esencial de que los españoles evacuasen el país, pedida por Orange.

Las operaciones militares continuaron con malísima fortuna para Requeséns, cuyo ejército sufrió una gran derrota junto á los muros de Leyden, por impericia del maestro de campo Valdés y por haber recurrido los holandeses á la ruptura de los diques. Esta derrota apuró de tal manera á Requeséns, que llegó á proponer al rey que concediera á los rebeldes todo lo que éstos pedían, dejando á salvo la religión, aunque así y todo, comprendía lo improbable del éxito; pues «jamás se conservaron ningunos reinos ni Estados faltando enteramente la voluntad de todos los súbditos, y ya he escrito muchas veces por cuán imposible tengo ganar la de éstos». Reanudó, no obstante, las negociaciones (Noviembre de 1574), dispuesto á ceder hasta lo último; y, en rigor, las proposiciones hechas en nombre del rey eran muy amplias, aunque no consentían que siguiesen viviendo en territorio de los Estados quienes no profesasen la religión católica. Las proposiciones fueron rechazadas, por sugerición de Orange, y una Junta consultiva reunida por Requeséns en Amberes, opinó que debían salir los españoles del país inmediatamente, que debía convocarse en seguida los Estados generales y que se acordase una suspensión de armas. Pero el caballo de batalla era la cuestión religiosa. Ni el rey ni los holandeses querían transigir en este punto, aparte de que en las miras políticas de Orange no estaba someterse en forma alguna. Las negociaciones se rompieron (12 de Julio), y tres meses después (Octubre), las dos provincias de Holanda y Zelanda declararon solemnemente su separación de la soberanía de Felipe II. Requeséns prosiguió las operaciones, único camino que le restaba, invadiendo las tierras holandesas; y, gracias á sus acertadas medidas, consiguió varias importantes victorias, hasta tal punto, que, al comenzar el año 1576, la situación general de la guerra era favorable á los españoles. Mas reaparecieron los apuros de dinero para las pagas y, con ello, los motines de los soldados. Requeséns se disponía á tomar medidas enérgicas,

cuando cayó gravemente enfermo. Pocos días después, murió en Bruselas (5 de Marzo de 1576).

638. El gobierno de Don Juan de Austria.—No pudo ver en peor sazón la muerte de Requeséns. La sublevación de las tropas crecía por momentos y se extendía por todo el país. El Consejo de Estado, que tomó el mando hasta que el rey nombrase nuevo gobernador, tuvo el desacierto de armar á los naturales del país, quienes aprovecharon este medio que se les ofrecía, para imponerse, hasta el punto de que los mismos consejeros fueron presos (Septiembre de 1576). Creaba esto un peligrosísimo dualismo y dejaba, además, en libertad completa á las tropas sublevadas. Amberes fué teatro de un nuevo motín formidable, que acabó con el más atroz saqueo de la ciudad, repetido en otras. El efecto fué generalizar la oposición contra España. Las provincias flamencas, á excepción del Luxemburgo y los Estados de Holanda y Zelanda, suscribieron un especie de tratado defensivo, llamado «Pacificación de Gante» (Noviembre de 1576), comprometiéndose á unir sus esfuerzos para expulsar á los soldados españoles y restablecer la antigua autonomía, y dejando á los Estados generales (cuya convocación debería ser próxima) la determinación de las leyes político-religiosas que habían de regular las relaciones entre católicos y protestantes y entre los Estados flamencos y holandeses.

Con la esperanza de lograr todavía un arreglo, Felipe II nombró sucesor de Requeséns á Don Juan de Austria, no sin haber vacilado mucho antes de acordar el nombramiento. En principios de Noviembre llegó Don Juan al Luxemburgo, y su primer acto político fué aprobar la Pacificación de Gante y firmar con los Estados generales el tratado que se llamó propiamente *Unión de Bruselas*, y más tarde, *Edicto perpetuo*, conforme al cual se estipulaba la salida de las tropas españolas, el restablecimiento de todas las libertades, el mantenimiento de la religión católica, la confirmación de Orange como gobernador de Holanda y Zelanda y la suspensión de las persecuciones religiosas.

Pero Don Juan no había aceptado el cargo tan sólo para salvar la situación comprometida del monarca español en los Países Bajos, sino como medio para realizar una empresa con la que

soñaba: la invasión de Inglaterra. Llevábanle á esta empresa, de una parte, propósitos de ambición y gloria militar; de otra, el convencimiento en que estaba (y era muy exacto) de que en Inglaterra hallaban los sublevados su principal apoyo. Advertido el rey de este proyecto y de que, á sus espaldas, Don Juan entraba en negociaciones con el Papa, se negó rotundamente á dar su consentimiento y ordenó que al punto evacuasen el país las tropas. Don Juan, molestado por esta actitud del rey, concibió diversos proyectos á cual más desatinado: entre ellos, el de casarse con la reina de Inglaterra, á quien solicitó al efecto; pero vióse impotente para todos por la oposición de Felipe y porque el Edicto perpetuo no dió los resultados que de él se esperaban. Holanda y Zelanda se negaron á aceptarlo, y Orange fomentaba

y protegía la resistencia. El interés del príncipe estaba en que la avenencia no se produjese, y así lo demostró con su política solapada é intransigente en las negociaciones directas que con él entabló Don Juan (Mayo de 1577).

Los hechos parecían dar la razón á éste, partidario decidido de la guerra y de la intransigencia respecto de los protestantes, en la cual llegó á extremos de mayor celo que el propio Felipe II. Para romper de nuevo las hostilidades, necesitaba Don Juan tropas y recursos que no tenía, con-



Fig. 15.—Don Juan de Austria
(Cuadro de Sánchez Coello)

tando con que las provincias leales se negaban á hacer armamento contra los rebeldes. Don Juan, no sólo se veía cada vez más á su lado, sino que, á creer su propio testimonio, temía por su seguridad y su vida. Buscó, pues, un pretexto para salir de Bruselas y refugiarse en el castillo de Namur, donde se encerró, no sin declarar antes á los señores que le rodeaban, que era preciso elegir entre el Rey y los rebeldes, entre la guerra y la paz. Unido este hecho al de la victoria que los soldados amotinados en Amberes obtuvieron sobre las tropas reales, produjo en los Estados una fuerte oposición contra Don Juan, cuya destitución llegaron á pedir; á la vez que negociaban el auxilio de Inglaterra y que llamaban á Orange, quien hizo su entrada triunfal en Bruselas (23 de Septiembre de 1577), y pronto fué el dueño de la situación.

Felipe II tenía muchas razones, no obstante todo lo ocurrido para continuar buscando un arreglo con los Estados: la experiencia de la guerra pasada, la falta de recursos y otras; así que instó á Don Juan para que continuase tratando con aquéllos como lo hizo, llegando á una avenencia que firmó el gobernador español el mismo 23 de Septiembre. Mientras tanto, el rey, por intermedio de Granvela, buscaba sustituto á Don Juan en la persona de Margarita de Parma, cuya popularidad en Flandes podía ser de gran provecho. La archiduquesa aceptó pero una enfermedad que le sobrevino, detuvo su viaje y, mientras tanto, los acontecimientos tomaban otro rumbo en Flandes y se precipitaba un desenlace violento. Por influencia de Orange, los Estados se volvieron atrás en punto á la avenencia, exigiendo nuevas condiciones. El rey debió comprender que si le cerraba el camino pacífico y, variando de conducta, ordenaba del Edicto perpetuo. La noticia de esta orden la recibió Don Juan casi al mismo tiempo que el *ultimatum* de los Estados generales; por lo cual, con gran contentamiento suyo, dió por rotas las negociaciones y se retiró á Luxemburgo (2 de Octubre). Este cambio sobrecogió á todo el mundo. Isabel de Inglaterra trató de evitar la guerra ofreciendo dinero á Don Juan, aunque se cree que sólo le guiaba el propósito de ganar tiempo. El mismo Felipe, no obstante la orden dada á las tropas, intentó

por medio de un enviado especial, nuevo arreglo con los Estados (Enero de 1578); pero todo fué inútil. Desde los primeros días de Diciembre, Don Juan tenía ya á su lado parte del ejército; los flamencos pactaron con Inglaterra un socorro de hombres y dinero, y la guerra estalló, obteniendo Don Juan varias victorias de importancia. Le detuvo la eterna carencia de dinero, que el rey no enviaba, al mismo tiempo que las tropas de Orange iban aumentando considerablemente. Abatido Don Juan por todo esto, y por el asesinato de su secretario íntimo Escobedo (§ 646), contrajo una fiebre perniciosa de la cual murió á poco (1.º de Octubre de 1578). La dominación española quedaba reducida, en este tiempo, á la parte SO. de las provincias flamencas, Namur y Luxemburgo.

639. Farnesio y sus sucesores.—Cesión de los Países Bajos.—El sucesor de Don Juan, Alejandro Farnesio, militar entendido y político más avisado y astuto que su predecesor, cambió en breve plazo el aspecto de la guerra. Aprovechando las divisiones que existían y cada vez se acentuaban más, entre católicos y protestantes, en el campo enemigo, logró atraerse á los primeros, que suscribieron un reconocimiento formal de los derechos de Felipe II sobre los Países Bajos (Abril de 1579), restando así fuerzas á la sublevación. A esta acción diplomática se juntaron muchas y brillantes victorias: la toma de Maestricht, de Lovaina, Malinas, Brujas y otras ciudades (1579). Estas ventajas, que ampliaban de nuevo el territorio sujeto á los españoles, se vieron en parte contrarrestadas por la desafortunada medida de poner á precio (25,000 coronas de oro y otras ventajas) públicamente la cabeza de Orange, cosa á que Farnesio se opuso, pero en la



Fig. 16.—Alejandro Farnesio

que fué vencido por el rey y Granvela. A consecuencia de esto, las provincias no walonas declararon solemnemente su separación de la soberanía española (1551). Complicóse la situación con la entrada en Flandes de un ejército francés, mandado por el duque de Anjou, que venía en auxilio de los rebeldes, aunque con miras personales; pero el escaso tacto del duque y las impacencias de su ambición, le colocaron bien pronto frente al país, y tuvo que retirarse (1583).

No fué esta la única ventaja del desacierto político de Anjou. Las provincias walonas, indignadas por la toma de Cambray que los franceces realizaron, pidieron auxilio á Felipe II y se colocaron bajo su protección. Nuevas victorias de Farnesio mejoraban todavía más la causa española; y el asesinato de Guillermo de Orange, realizado en 10 de Julio de 1584 por un fanático borgoñón (á quien recompensó Felipe II), desconcertando profundamente á los sublevados, permitió que Farnesio avanzase en sus conquistas y se apoderase de Amberes (tras un largo y porfiado sitio, dirigido con habilidad extraordinaria por el general español) y de otras ciudades, que pusieron en sus manos todo el territorio comprendido desde Groninga al río Issel, á más de los puertos de Dunkerque y Nieuport y las playas de Nimega, Maestricht y Ruremunda en la frontera alemana (1585-86).

Así las cosas, la expedición de la Armada invencible (§ 642) detuvo los progresos militares de Farnesio durante unos meses; hasta que fracasada aquélla, pudo volver (1587-88) á sus operaciones en la provincia de Güeldres, en Brabante, en la línea del río Mosa, en el condado de Zutphen y en las provincias de Over-Iwer y Frisa.

Pero nuevamente vino á distraer las fuerzas de Farnesio otra empresa, en que el rey se había comprometido sin calcular bastante los medios que disponía. Llamado aquél á Francia, para ayudar en su campaña á la Liga Católica (§ 643), tuvo que desatender los Países Bajos (1590 y 1592), y el resultado fué la pérdida de Breda, Zutphen, Deventer, Delfzyl, Steenwyck, Nimega y otras ciudades, que cayeron en manos del enemigo, inutilizándose así todos los progresos alcanzados en los años anteriores por Farnesio. Su regreso á Flandes no sirvió de mu-

cho, pues en 2 de Diciembre de 1592 murió, descorazonado ante el fracaso de su política militar por culpa del rey.

El resto de la historia de aquella guerra, desde 1592 á 1597, carece de interés. Los sucesores de Farnesio: su lugarteniente el caballero Mansfeld, el archiduque Ernesto, el conde de Fuentes y el archiduque Alberto, todos ellos inferiores á aquel, aunque algunos no carecían de méritos militares, viendo deshacerse entre sus manos la dominación española, merced á las victorias de los generales holandeses (señaladamente de Mauricio de Nassau, hijo de Guillermo), á las sublevaciones de las tropas faltas de pago (sublevaciones más formidables aún que las de tiempo de Requeséns y que llegaron á poner en peligro la vida de los gobernadores) y á la falta constante de medios para proseguir convenientemente la campaña. En 1596, Inglaterra y Francia, que habían reconocido la independencia de las Provincias del N., formaron con ellas una triple alianza. En 1597, Nassau acabó de arrojar las tropas españolas del territorio holandés.

Felipe II, próximo ya á morir, desalentado y temeroso de dejar á su hijo aquella terrible herencia de los Países Bajos, se decidió á cederlos (10 de Agosto de 1597), bajo el protectorado de España, al archiduque Alberto de Austria, con quien casó á su hija, la infanta Isabel Clara Eugenia. En el caso, de que muriese uno de los cónyuges sin dejar hijos, los Estados reverterían á la corona, quedando de gobernador el archiduque, si éste era el sobreviviente. Respecto del caso en que lo fuese la infanta, nada se previno por entonces; pero un decreto de 1.º de Febrero de 1601, dado por el sucesor de Felipe II, le reconoció aquel derecho. Así creyó el rey desprenderse de unos dominios que, durante 30 años, habían consumido las mejores fuerzas de España; pero, en rigor, ni lo consiguió ni puso todos los medios necesarios para que así ocurriese. Aparentemente, Felipe rompía toda unión personal entre los Países Bajos y la corona española, creando un Estado nuevo, independiente, con soberanos nuevos, aunque no llevasen el título de reyes. Para realizar ese acto, consultó con los Estados fieles que, tras algunas vacilaciones motivadas por el recelo que les producían los términos de la cesión, y, sobre todo, la intención con que pudo hacerse,

conviniere en ella, aceptándola y aprobándola por completo. Pero, de hecho, el nuevo principado quedaba en una sujeción muy estrecha respecto de España, no sólo por la inteligencia completa de Felipe II y los príncipes en punto á la política que éstos debían seguir y por la necesidad que tenían de contar con las tropas y el dinero de España para hacer efectivo su dominio sobre los Estados rebeldes, sino también porque el acto de la cesión llevó anejas algunas cláusulas secretas que limitaban la libertad del archiduque Alberto y su mujer. Una de esas cláusulas era la reserva para los españoles de Amberes, Gante, Cambray, Maestricht y otras plazas fuertes. Y en efecto; tropas españolas siguen guarneciendo esas ciudades, y el archiduque y sus embajadores ó comisionados procuran estar de acuerdo siempre con el rey de España y sus representantes. Aunque, como veremos, hubo, después de morir Felipe II, tentativas para romper en parte esa dependencia, el efecto político no varió y los Países Bajos siguieron siendo, aun con príncipes propios, una carga para la nación y el gobierno de España.

640. La anexión de Portugal.—Durante el larguísimo período de la guerra de los Países Bajos, la actividad política de Felipe II le llevó á otras varias empresas, á cual más atrevida y, salvo una, todas fracasadas. La primera de ellas en el orden cronológico, es precisamente la única coronada por feliz éxito: la anexión de Portugal.

El motivo se lo dió la muerte del rey Don Sebastián (4 de Agosto de 1578), acaecida en África. El sucesor de éste en el trono portugués fué el cardenal Enrique, anciano y achacoso, cuyo fallecimiento inmediato era seguro. Aunque á Felipe le constase que el cardenal no podía tener hijos, como quiera que los nobles portugueses instaban á aquél para que se casase, el rey de España logró que el Papa negase á Don Enrique el permiso para renunciar á su carácter eclesiástico. Esta gestión fué acompañada de habilísimas intrigas para atraerse á los nobles portugueses y al mismo Don Enrique, con el fin de que éste declarase heredero al rey de España. Dirigió estas intrigas, primeramente, al embajador especial, Don Cristóbal de Moura, al cual se unieron luego otros enviados.

Aspiraban al trono de Portugal, además de Felipe, la duquesa

de Braganza, hija del hijo menor de Don Manuel, antecesor de Don Sebastián, y muy amada de éste; el duque de Saboya, hijo de una hija de aquél, y el prior de Crato, Don Antonio, hijo ilegítimo del infante Don Luis, que lo fué legítimo de Don Manuel. Alegaba Felipe prioridad, como hijo de la hija mayor de aquel monarca (la emperatriz Isabel), y aunque se le oponía la ley llamada de Lamego (apócrifa), según la cual los extranjeros estaban excluidos de la corona, Felipe respondía á este argumento que el rey de España no podía ser considerado en Portugal como extranjero. En rigor, la única dificultad sería que á Felipe II se le presentaba, era la popularidad de Don Antonio, á quien apoyaban resueltamente el clero, las clases populares, algunos nobles y el Papa. Por su parte, Don Enrique se inclinaba á la duquesa de Braganza, quien tenía también á su favor (según atestigua la correspondencia de Moura) á los jesuitas; pero al cabo, los diplomáticos de Felipe II lograron inclinarlo al partido de éste. No se descuidaba Felipe en hacer público su programa de gobierno lleno de promesas, y respetuoso para con la autonomía de Portugal; y con esto y los manejos de sus representantes, logró atraerse á la mayoría de los nobles, quienes, en Cortes reunidas en Almeirin, en 1580, votaron por la sucesión de Felipe, juntamente con el brazo eclesiástico. Sólo se opuso el brazo popular. Pocos días después (31 de Enero) sobrevino la muerte de Don Enrique según se esperaba, y aunque murió sin designar resueltamente sucesor, el terreno se hallaba bien preparado para Felipe II, quien contó en adelante hasta con el apoyo del general de los jesuitas, Mercurino, y los subordinados de éste.

La anexión no se hizo, sin embargo, pacíficamente. Los partidarios del prior proclamaron rey á éste, en Lisboa; pero el de España, que ya venía preparando tropas desde 1579, envió contra él un ejército de más de 30,000 hombres al mando del duque de Alba, quien rápidamente fué apoderándose de las plazas principales y entró en la capital. El prior, cuyas condiciones militares eran escasas, se refugió primero en Oporto, y luego, perseguido por el general Sancho Dávila, huyó á Vianna de Castello, en cuyas cercanías estuvo á punto de caer en manos de los soldados españoles. Perseguido, vagó fugitivo algún

tiempo por tierra portuguesa en compañía de un núcleo de partidarios leales. Mediaron entonces negociaciones para su admisión; pero al cabo, huyó á Francia y, con el apoyo de éstos se defendieron todavía hasta Julio de 1582 sus amigos en las islas Azores. Una brillante victoria naval obtenida por el marqués de Santa Cruz en la isla de San Miguel, sobre la flota enviada por los franceses, dió fin á la resistencia. Un año antes, en Abril de 1581, las Cortes portuguesas reunidas en Thomar reconocieron solemnemente como rey á Felipe II.

La importancia de esta nueva adquisición era grande. Rezaba, de un lado, la idea de unión peninsular que desde los tiempos de los Reyes Católicos (§ 393) se agitaba; y por otro engrandecía los dominios de la corona española, más que el territorio portugués, con las extensas colonias asiáticas y americanas (el Brasil), que ya habían producido dificultades y ambiciones en la época de Carlos I. Felipe II se esforzó á cimentar sólidamente la anexión. Cuando el duque de Alba entró en Portugal con su ejército, llevaba severísimas órdenes para castigar la más pequeña falta de disciplina y el menor atropello que los soldados causasen á los paisanos portugueses, las aplicó más de una vez con motivo de algunos desmanes cometidos por soldados y oficiales en Montemor y de actos de saqueo en Setúbal, Cascaes y el arrabal de Lisboa, donde fueron asaltados los conventos de frailes adictos al prior y muchas casas particulares, no obstante las medidas tomadas por Alba para impedirlo.

El rey juró en las Cortes de Thomar que no nombraría solo empleado español, y cumplió rigurosamente su juramento portándose realmente con sus nuevos súbditos de una manera totalmente contraria á lo que era de esperar por la experiencia de los Países Bajos.

Pero esta conducta resultaba ineficaz ante la enemiga del pueblo, opuesto á la dominación española, secularmente educado en el odio á España y profundamente herido en su amor al prior de Crato. El clero regular también combatió duramente á Felipe, excitando desde el púlpito á la rebelión; por lo que el rey tuvo que desterrar á muchos frailes y castigar duramente á otros, después de obtener del Papa que condenase la

conducta de aquellos eclesiásticos. Esto mismo le obligó á colocar fuertes guarniciones en las ciudades portuguesas y á fortificar los puntos estratégicos del territorio. La nobleza, aunque halagada en parte por las concesiones del rey, mostró pronto su descontento por no cumplirse algunas de las promesas que hicieron los agentes de Felipe en la época anterior al reconocimiento.

641. Los orígenes de la guerra con Inglaterra.—Desde la muerte de la reina María, mujer de Felipe II (§ 630), y la subida al trono de Inglaterra de Isabel I, menudearon los motivos para una guerra entre aquel país y España. Ya lo era, y considerable para Felipe, la reacción protestante realizada por la nueva reina; pero el monarca español no subordinaba siempre su política al interés religioso, y á pesar de aquel hecho y de las repetidas instancias de los católicos ingleses y escoceses, tardó muchos años en decidirse á un rompimiento. Su reserva procedía de varias causas: el temor de que una ruptura con Inglaterra favoreciese á Francia, enemigo á quien Felipe no perdía de vista, y perjudicase á la cuestión de los Países Bajos; la consideración de los enormes gastos que suponía una guerra con aquel país, y la complicación de los demás asuntos que tenían embargada su atención en el continente. La fuerza que estas consideraciones tenían en su ánimo, se vió perfectamente en la actitud que durante mucho tiempo hubo de guardar en la lucha entre María Estuardo é Isabel I; pero esta lucha fué, al cabo, la que le llevó á romper toda reserva.

Como es sabido, María Estuardo, reina de Escocia, tuvo que abandonar sus Estados á consecuencia de una sublevación de sus súbditos (1568). Refugiada en Inglaterra, pidió desde allí auxilio á su suegra la reina de Francia, al partido católico de este país y á Felipe II, para reconquistar el trono; y complicó este asunto con proyectos de sustituir en el de Inglaterra á Isabel, mediante la ayuda de los católicos ingleses que eran muchos y poderosos. Felipe evitó cuidadosamente prometer nada, deseoso de no romper con Inglaterra y de no favorecer los planes de los Guisas, cuyo triunfo hubiese aumentado mucho el poder de Francia. Así es que, no obstante las imprudencias de su embajador en Londres, Geráu de Spes (1568-1572), que

motu proprio, comenzó á conspirar con María Estuardo contra reina Isabel, Felipe no soltó prenda, ni se comprometió á alguna concreta, aunque consultaba con el duque de Alba (á sazón en Flandes) la conveniencia de enviar tropas á Escocia. Recelosa la reina de Inglaterra de lo que pudiese hacerse en este sentido, trató de dificultar toda empresa, hiriendo á Felipe en el punto más flaco, que era el del dinero; y aprovechándose de la circunstancia de haberse refugiado en puertos ingleses (1569), huyendo de los piratas, algunos barcos españoles que conducían fondos para Alba, se apoderó de estos fondos. Las reclamaciones de España para recobrar este dinero, fueron inútiles. Geráu, por su parte, llevó con poca discreción las negociaciones y, á título de represalias, se ordenó el embargo de todas las propiedades de ingleses residentes en Flandes; á cual contestó Isabel con igual medida respecto de los españoles que vivían en Inglaterra. No se produjo, sin embargo, el rompimiento que tras estas medidas parecía inevitable. En 1570, no va conspiración de María Estuardo, en que estuvo comprometido Geráu, llegó á obtener la aquiescencia de Felipe II, á quien visitó en Madrid el italiano Ridolfi, agente confidencial de María. El plan era asesinar á Isabel I y, hecho esto, desembarcar tropas en Inglaterra para apoyar la sucesión al trono de María. El Consejo real dió dictamen conforme; pero descubierta la conspiración, Geráu fué expulsado de Inglaterra, (Marzo 1572) y, durante siete años, España no tuvo representación diplomática en la corte de Isabel. Pero tampoco entonces se llegó á la guerra, á pesar de que los ingleses ayudaban todo lo que podían á los sublevados de Holanda y que sus corsarios apresaban de continuo los buques españoles que volvían de América y asaltaban nuestras colonias (§ 644). Durante estos años, fué agente de España un mercader literato, Antonio Guaras, residente en Inglaterra hacía mucho tiempo, el cual estuvo en inteligencia con Don Juan de Austria por lo que refería á los proyectos de invasión que éste acariciaba. Pero hemos visto que Felipe II desaprobó siempre esos proyectos. Favoreció, en cambio, aunque indirectamente, dos expediciones destinadas á sublevar Irlanda (1579-1580), ambas de éxito desgraciado. Por su parte, Isabel siguió ayudando á los holandeses

ses y flamencos, reanudó sus tratos con Francia para crear dificultades á Felipe en los Países Bajos, y favoreció bajo mano al prior de Crato, refugiado en Londres.

Reanudáronse las relaciones diplomáticas con el envío del embajador español Don Bernardino de Mendoza, quien bien pronto entró en tratos con María Estuardo, sobre la base de prescindir ésta de los Guisas y confiarse enteramente á Felipe. Accedió éste (1580) y se formó un vasto plan, de acuerdo con los católicos escoceses y con los jesuitas, que consistía en ejercer una activa propaganda religiosa en Escocia, restaurar á María en el trono de este país, capturar al hijo de ella (Jacobo), que se hacía sospechoso por su protestantismo, y enviarlo á España, desembarcar tropas españolas y promover una sublevación en el N. de Inglaterra, donde el partido católico era poderoso. Por indiscreciones de los jesuitas y del jefe de los católicos escoceses, volvieron á intervenir los Guisas en este plan, y Felipe se retrajo otra vez. Dos nuevas tentativas de María, de acuerdo con los franceses (1583), fueron igualmente desaprobadas por el monarca español, que, en esto, veíase apoyado por los católicos ingleses, partidarios de una acción puramente española. Esta actitud, y la opinión del marqués de Santa Cruz (quien en 1583 escribió á Felipe rogándole le permitiese conquistar á Inglaterra para España), fueron probablemente los gérmenes de la idea de una invasión directa y de una reclamación sucesoria que más tarde planteó Felipe, y que ya se revelan en instrucciones dadas aquel mismo año al embajador español en París. La idea de la invasión no era, sin embargo, completamente nueva, pues ya en 1569 la propuso el duque de Alba, más tarde la acarició (como sabemos) Don Juan de Austria, y en 1579 se volvió á pensar en ella; pero hasta 1583 no parece que el rey la acogió favorablemente.

Poco después, Mendoza, complicado en una conspiración (descubierta por los Guisas) para asesinar á la reina Isabel, fué expulsado de Inglaterra (Enero de 1584). Las relaciones diplomáticas sufrieron nueva interrupción, y aunque la guerra tardó en declararse, de hecho podía darse como existente.

642. El proyecto de invasión y la Armada invencible.— nuevo proyecto concebido por Felipe tropezaba desde luego

con grandes inconvenientes. No podía esperar, para realizar ningún apoyo de Francia. El Papado era por tradición hostil todo engrandecimiento territorial de la corona de España, como lo había mostrado en tiempo de Carlos I (§ 619) y cuando la conquista de Portugal (§ 640), y desde que Sixto V subió a la silla pontifical, esta actitud había subido de punto. Por cohonestarla, se acudió á la intriga, ocultando el verdadero propósito de la invasión. El embajador español y los cardenales afectos á Felipe, pintaron la empresa como de exclusivo carácter religioso, asegurando que de ninguna manera sería posible en el trono el hijo de María, Jaime, por ser protestante; proclamando el nombre del candidato que había de sustituirle. Así se logró del Papa un considerable auxilio en dinero y el consentimiento para que, obtenida la victoria, Felipe designara quien había de ser rey de Inglaterra. Al propio tiempo, se seguía de María Estuardo que desheredase á su hijo en favor de Felipe (Junio de 1586). Coincidió con esto un complot de gran número de nobles católicos ingleses y de sacerdotes para asesinar á Isabel y á varios de sus ministros, de acuerdo con María. Comunicado el complot al embajador Mendoza, que residía á la sazón en París, él lo puso en conocimiento de Felipe quien lo aprobó; pero los conspiradores fueron descubiertos y castigados (Septiembre de 1586), incluso la reina María, fué decapitada.

Felipe pensó ya seriamente en llevar á cabo su proyecto. Para prevenir la oposición del Papa, de Francia, etc., propuso para ocupar el trono de Inglaterra, una vez destronada Isabel, á su hija la infanta Isabel Clara Eugenia, nieta de Catalina de Médicis; y así se dijo al Papa para obtener su aquiescencia. Mientras tanto, se activaban en España los preparativos para la invasión. Los católicos escoceses y Guisa hicieron proposiciones para una acción combinada, que hubiese dado á la expedición un punto de apoyo con puertos de refugio; mas, no obstante la opinión de Don Álvaro de Bazán, de Mendoza y de todos los marinos experimentados, Felipe rechazó la oferta si no declaradamente, dejando que pasase el tiempo sin decir nada. Por su parte, Inglaterra preparaba también un ataque, con mira de apoyar al prior de Crato en sus pretensiones reivindicativas

de la corona portuguesa. Aunque el proyecto se llevó con tal sigilo que el embajador inglés en París no lo supo hasta el 9 de Abril de 1587, ya antes los espías de Felipe II en Londres lo habían anunciado. Súbitamente, el 18 de Abril, una escuadra inglesa, mandada por el corsario Drake, se presentó en la bahía de Cádiz y destruyó todos los buques allí anclados, aunque las órdenes que llevaba de la reina eran sólo de vigilar la escuadra española, sin comprometerse en ataques serios, no obstante la opinión contraria de los marinos ingleses. El acto de Drake afectó al rey, no tanto por el daño recibido, como por el atrevimiento é insolencia demostrados, y contribuyó, junto con el agravio de las expediciones hechas por el mismo Drake á las colonias de América (§ 644), á decidir á Felipe II.

Respecto de la invasión de Inglaterra, el plan del marqués de Santa Cruz, que había de ser el jefe de la escuadra, consistía en reunir 556 buques con 30,000 marinos, 63,890 soldados y 1,600 caballos, para que el golpe fuera fructuoso. El rey, acometido de gran impaciencia, rechazó este proyecto, cuya preparación exigía muchos meses, y cometió el primer error dividiendo la expedición en dos partes: una puramente marítima, que saldría de España, y otra referente al ejército de desembarco, que sería el de Flandes, al mando de Farnesio. Éste esperaba, para pasar el canal, á la llegada de los buques. Santa Cruz opinó en contra de semejante plan, insistiendo en que, ante todo, lo que importaba era asegurarse puertos de refugio en el mar del Norte; pero el rey se mantuvo firme y dictó, en Septiembre de 1587, sus instrucciones. Para mayor desgracia, el marqués murió pocos meses después (Febrero de 1588), y Felipe lo hizo sustituir por el duque de Medina Sidonia, cuya inexperiencia en cosas de mar era absoluta. Así lo hizo presente al monarca; pero éste insistió ante el temor de que otro jefe no fuese bien recibido por los demás capitanes, y así se cometió el segundo error. A mayor abundamiento, Felipe se empeñaba en dirigir desde el Escorial todos los particulares de la expedición y en que le fueran consultadas todas las cosas: con lo cual perdíase mucho tiempo y las órdenes quedaban incumplidas las más de las veces. Al amparo del desarreglo en la organización, los proveedores de la escuadra abusaron de manera gravísima,

suministrando víveres en mal estado, que pronto quedaba inútil. El personal se escogió con prisas y de mal modo, abundando los oficiales ineptos y los pilotos inexperimentados á la vez que los buques carecían de material suficiente para las maniobras que habían de sobrevenir. Todo esto lo advirtió bien pronto el duque; pero ya no tenía remedio. El 30 de Mayo de 1588, salió de Lisboa la escuadra, que, por el gran número de sus buques, fué llamada la «Armada Invencible». El mismo tiempo entretuvo la marcha muchos días, á tal punto, que el 1 de Junio todavía estaban en Coruña, donde se refugiaron parte de los buques, mientras otros eran arrastrados á puntos distantes. Cuando se hicieron nuevamente á la mar (el 22 componían la escuadra 131 buques con 7,050 marineros, 17,000 soldados y 1,300 oficiales. Dada cuenta á éstos de las instrucciones del rey, los verdaderamente marinos opinaron por que en vez de seguir por el canal adelante hasta unirse con Farnesio que esperaba en la costa, se atacase el puerto de Plymouth para tener un punto de apoyo y no dejar á retaguardia la escuadra inglesa; pero el duque no se atrevió á desobedecer al rey.

Aunque, en el primer momento, hubo gran alarma en Inglaterra, la opinión pública reaccionó pronto. El parecer de los marinos experimentados era que el ataque por mar no suponía un grave peligro. Consideraban bastante fuerte su escuadra para oponerse á la española, y en esto acertaban, pues, cuando menos, en artillería le era superior. Lo que principalmente temían era el desembarco de las tropas de Farnesio; pero ésta carecía de barcos á propósito para hacer la travesía sin la protección de la Armada Invencible. Cerca de Plymouth fué ésta atacada por los ingleses quienes, aprovechando sus buenas cañones y la ligereza y condiciones marineras de sus buques que eran unos 50, hostilizaron la retaguardia y los flancos de la escuadra española á distancia, sin comprometerse en un abordaje y causando daños de consideración. Sin presentar batalla la Armada continuó su camino por el canal, siempre seguida por los ingleses, hasta refugiarse en Calais. El duque envió diferentes cartas á Farnesio, pidiéndole que viniese á ayudarle en la cosa que, como ya sabemos, no podía éste hacer. A la salida de

Calais se renovó el combate, con mal resultado para los españoles, aunque se batieron con gran valor, dando ejemplo de heroicidad Oquendo, Recalde, Bertondona y otros marinos ilustres. Cuando, por haber variado el viento, hubiera sido oportuno renovar el ataque, con probabilidades de éxito, el duque, contra el parecer de aquellos oficiales, dió orden de retirarse. La retirada fué fatal; nuevas tormentas dispersaron la Armada é hicieron que naufragasen muchos buques. Sólo 65 pudieron regresar á España, con unos 10,000 hombres.

Desvanecido así el peligro de la invasión, los ingleses quisieron á su vez apoderarse de Coruña y de Lisboa, sin conseguirlo, en la primera de estas poblaciones, por la enérgica defensa de los habitantes (entre los que se distinguió una mujer, María Pita) y la indisciplina de los tripulantes; y en la segunda, por las acertadas disposiciones de defensa que tomó el gobernador y los desaciertos de los jefes de la expedición. De 18,000 hombres que ésta contaba al salir de Plymouth, sólo 6,000 volvieron á Inglaterra (1589). Dos años después, en 1591, los ingleses sufrieron nuevas derrotas en el Atlántico, aunque no suficientes para reparar el desastre de la Armada Invencible. A pesar de éste, los católicos ingleses siguieron durante algunos años instando á Felipe II para que renovase sus gestiones con el fin de lograr la corona para la infanta Isabel, y que ayudase á los irlandeses; y aunque el rey nada hizo por entonces en este sentido, en Inglaterra se creyó que intentaría un nuevo esfuerzo. Para contrarrestarlo, fué enviada una nueva expedición al mando del conde de Essex, el almirante Howard y el marino Raleigh, la cual saqueó y destruyó la ciudad de Cádiz y todos los buques anclados en la bahía (Junio de 1596). Tal fué, por entonces, el último episodio de la guerra con Inglaterra, porque si bien en 1597 se reunió una nueva armada en el Ferrol, para auxiliar á los irlandeses, de una parte, y de otra ensanchar las conquistas de Bretaña (§ 643), y se hizo á la vela el 19 de Octubre, los temporales la dispersaron, impidiendo que se cumpliera el propósito.

643. Nueva guerra religiosa con Francia.—Al año siguiente de la Armada Invencible, España se comprometió en una nueva guerra con Francia. Ya hemos visto en párrafos an-

teriores que la paz de Cateau Cambresis fué poco duradera, pues las cuestiones de los Países Bajos, la de Portugal y las luchas religiosas entre católicos y hugonotes en Francia, produjeron, ya ataques de los franceses, ya la intervención de Felipe II en apoyo de los Guisas (§ 636 á 640); de modo que, en realidad, la guerra fué casi constante. Pero en 1589 se planteó en forma distinta el conflicto. El rey de Francia, Enrique II, combatido por la Liga, se había aliado con Enrique IV de Navarra para vencerla, y tenía sitiada la ciudad de París, bloqueada contra él. Los católicos, como tantas otras veces, pidieron auxilio á Felipe II; pero éste, no obstante las vivas instancias de Mendoza, no se apresuraba á concederlo. El asesinato de Enrique III (Agosto de 1589), realizado por un fraile fanático, hizo pensar á Felipe en algo más que en un auxilio á la Liga, máxime cuando vió que Enrique IV, de religión hugonote, se preparaba á recoger la herencia del rey muerto. Si esto se cumplía, todos los esfuerzos del monarca español para que en Francia no venciese el protestantismo, quedarían inutilizados. Pero Enrique IV no contaba tan sólo con el auxilio de los hugonotes, sino también con el de algunos católicos tolerantes, que, á condición de que aquél respetase el catolicismo en el estado que tenía, estaban dispuestos á apoyarle, prescribiendo esta solución nacional, á la tutela española. Los miembros exaltados de la Liga, coincidiendo en parte con los deseos de Felipe II, opinaban que éste debía ser proclamado rey de Francia; pero el jefe de ella, Mayenne, hermano del duque de Guisa, hizo que se proclamase al cardenal de Borbón, cosa perfectamente ociosa, pues el cardenal estaba prisionero en poder de Enrique IV, quien se guardó muy bien de ponerlo en libertad. Por el contrario, se dispuso á seguir luchando con la Liga, y, en efecto, consiguió contra ella varias victorias importantes, con el auxilio de Inglaterra (1590), y puso de nuevo sitio á París. Felipe II se resolvió á intervenir activamente en la contienda, proponiendo para el trono de Francia á la misma infanta Isabel, que ya había propuesto antes para el de Inglaterra (§ 642). Al mismo tiempo, dió órdenes á Farnesio para que entrase en Francia, y le envió dinero para organizar un cuerpo respetable de soldados. Farnesio consiguió al punto

que se levantase el sitio de París (18 de Septiembre de 1590); pero al advertir allí que Mayenne y otros elementos de la Liga eran opuestos á la sucesión española, abandonó la ciudad, dejándolos reducidos á sus propias fuerzas.

Felipe II acudió entonces á otro procedimiento: el reparto de Francia entre España, el duque de Saboya y otros pretendientes. La infanta tenía evidente derecho á la sucesión del ducado de Bretaña, y allá envió Felipe un cuerpo de ejército, á la vez que se apoderaba de Tolosa y que el de Saboya invadía la Provenza. De nuevo, Isabel de Inglaterra, para quien era un peligro que los españoles poseyesen puertos en Bretaña, intervino, enviando en auxilio de Enrique IV 3,000 hombres. Poco después era llamado de nuevo Farnesio (Septiembre de 1591), quien volvió á París y combatió á Enrique en Rouen, ciudad sitiada por el francés y que al fin tomó el general español (Abril de 1592). Pero pronto Farnesio se retiró á Flandes, donde le llamaba la guerra con los protestantes (§ 639), dejando una fuerte guarnición en París. En Bretaña, los españoles, que se habían apoderado del puerto de Blavet, obtenían algunas victorias en Craon y otros puntos y amenazaban á Burdeos.

Mientras tanto, la opinión general en Francia iba inclinándose hacia Enrique IV, ganosa de una solución nacional y de que acabase la guerra. En la misma Liga, los no partidarios de Felipe II pensaban en avenencias con el hugonote. Sin embargo, Felipe II logró que se reuniesen en París los Estados Generales (Cámara formada por representantes de las tres clases sociales, como nuestras Cortes) para tratar la cuestión de la sucesión á la corona (Enero de 1593). El duque de Feria, embajador de Felipe, sostuvo el derecho de la infanta Isabel, la cual podría casarse con un príncipe francés, á elección de su padre. En el caso de que esto no se aceptase, el embajador debería proponer que la corona pasase al duque de Guisa, con obligación, en éste, de casarse con la Infanta. Los estados no quisieron aceptar lo primero; y mientras Feria se empeñaba en sostener esta pretensión y pasaba el tiempo en comunicaciones con Felipe, Enrique IV resolvió la cuestión convirtiéndose al catolicismo y ganando con ello la adhesión de los católicos y la sumisión

de muchas ciudades. Poco después (Marzo de 1594) entró en París, cuyas puertas le abrió el mismo gobernador, y la guarnición española tuvo que abandonar la ciudad. La guerra continuó, no obstante, en Bretaña, en la Borgoña y en otras regiones, con victorias importantes de los españoles (1595-96). Pero tanto Felipe II como Enrique IV deseaban la paz; el primero, por la eterna falta de recursos, unida á la relativa satisfacción que le producía el hecho de haberse convertido el rey francés, lo cual alejaba el peligro de que Francia fuese una monarquía protestante; el segundo, ganoso, como el país, de tranquilidad para atender á cuestiones interiores de gran importancia. La paz se hizo, firmándose en Vervins (2 de Febrero de 1598); pero, como veremos más adelante, fué poco duradera.

644. Progresos en la expansión colonial.—Al subir al trono Felipe II, la colonización española en América y Oceanía tenía pendientes algunas cuestiones de importancia: la exploración de California y los territorios del O. de Norte América; el afianzamiento de las conquistas en la región del Plata y su comunicación con las del Perú; la guerra con los araucanos y las disputas con los portugueses en las islas próximas á las Molucas. El rey se preocupó de estas últimas, dispuesto á saltar por encima de los tratados y á tener posesiones en aquellas tierras. A este efecto, organizáronse desde Nueva España varias expediciones en los años de 1564 á 1595, siendo las más importantes la de Legazpi y Urdaneta (1564-65), que inició la colonización de Cebú y descubrió el camino marítimo de retorno á la América por el N.; las varias de Legazpi solo (1567-1571), en que se apoderó de la isla de Luzón, fundando la ciudad de Manila (1570); las de Mendaña y Sarmiento (1567-68) y Mendaña-Fernández de Quirós (1595), que tuvieron por resultado el descubrimiento de las islas de Salomón, las Marquesas, la de Santa Cruz y otras. Aunque no se halló el continente austral que se suponía existir, parece probable que alguna expedición llegó á ver la costa de Australia. La consecuencia más importante de todos estos viajes fué asentar la dominación española en las islas que, en honor de Felipe II, se llamaron desde entonces Filipinas. Desde ellas se verificaron

varias expediciones militares á Borneo, Joló y Mindanao, para afirmar la dominación española (1578); otras á las Molucas, para ayudar á los portugueses, ya establecidos, contra los indígenas, y dos á Camboja y Siam (1596-1598), que, tras algunas ventajas y novelescos episodios, tuvieron fin desgraciadísimo.

En la América del Sur, ya en los últimos años de Carlos I había avanzado grandemente la colonización de las regiones del Plata, merced á la concurrencia de esfuerzos de los expedicionarios que, entrando por el Atlántico, remontaban el curso de aquel río y de sus tributarios; de los que bajaban del Perú por la región de Chuquisaca, y de los que, desde Chile, atravesaban por Arconagua los Andes, avanzando hacia el E. Esta triple corriente produce, de 1542 á 1556, la fundación de Santiago del Estero y otras poblaciones y la exploración de los territorios N. y O. de la actual República Argentina. El movimiento continuó en los años sucesivos, dando nacimiento á las ciudades siguientes: Mendoza (1559), San Juan (1561), San Miguel de Tucumán (1565), Santa Fe (1573), Córdoba (1573), Salta (1582), Corrientes (1588) y San Luis (1597), que aun subsisten. El impulso principal de la colonización procedía de los establecimientos del Plata, el Paraná, el Paraguay y el Uruguay (§ 627). Felipe II nombró adelantado del Plata á Ortiz de Zárate (1573-1575), quien avanzó poco la colonización. Su sucesor, Garay, estableció definitivamente la ciudad de Buenos Aires (1580) y dió gran impulso á la agricultura y la ganadería. Fué sorprendido y asesinado por los indios minuanes en 1584. El nuevo adelantado, Don Juan de Torres (1587 á 1591), procuró organizar el país y reducir á unidad el gobierno, no siempre obedecido por todas las ciudades. Le sustituyó en el cargo Hernando Arias (Hernandarias), quien en dos expediciones sucesivas sometió toda la región del Chaco (al N.) y llegó por el S. hasta el río Colorado.

En Chile, sucedió á Villagrán, Hurtado de Mendoza (1557 á 1561), quien continuó la guerra con los araucanos, mandados ahora por el cacique Caupolicán. Mendoza triunfó de ellos en varias batallas y, apoderándose de Caupolicán, lo hizo morir en atroz suplicio, que el indio sufrió sin exhalar una queja (1558). El mismo gobernador realizó una expedición al terri-

torio de Chiloé, fundó las ciudades de Cañete y Osorna, y envió expediciones á Tucumán, á Magallanes y á Cuyo, donde Pedro del Castillo echó los cimientos de la ciudad de Mendoza (1561) y Jofré los de San Juan. Los sucesores de Mendoza (Villagrán, Quiroga, Saravia, Sotomayor y Oñez) siguieron la guerra con los araucanos, generalmente con ventaja de éstos, que sorprendieron y asesinaron á Oñez (1598). En el entretanto, hicieron nuevas expediciones á Chiloé, y se fundaron algunos fuertes en el S. Un intento de colonizar y fortificar el estrecho de Magallanes, dirigido por uno de los viajeros más notables de la época, Sarmiento, fracasó en absoluto, con grandes pérdidas (1579-1587). Tampoco fueron afortunadas, salvo para el conocimiento geográfico del país, algunas exploraciones por el río Marañón (1569-1574). En la América del Norte, Tristán de Luna reconoció el Mississipi y su costa (1559), y Pedro Menéndez de Avilés se estableció como adelantado en parte de la Florida, conquistándola para España. Acontecimiento militar de importancia fué, en Méjico, la terminación de la guerra con los indios chichimecas que, comenzada en 1549, duró hasta 1591. En el Perú se produjo en 1580 la primera de las sublevaciones puramente políticas (véase en el § 677 otra de origen esclavista) llamada de los *siete jefes*, por que fueron siete los que la dirigieron. Formaron los sublevados un gobierno propio, declarando que no quería prestar obediencia al rey de España ni á sus representantes y ordenando que saliesen desterrados de Santa Fe (punto en que estalló el movimiento) todos los nacidos en España, con sus mujeres y muebles, porque sólo tenían derecho á poseer la tierra los que en ella hubiesen nacido y los que la habían conquistado con su esfuerzo. Poco tiempo duró el Gobierno revolucionario, que fué combatido por la mayoría de los colonos y por algunos criollos y que interiormente se vió minado por los celos y envidias recíprocos de sus directores.

En esta época comenzaron las piraterías de los ingleses, holandeses y franceses en América, Oceanía y Asia, reflejo, unas veces, de las guerras que en Europa sostenía Felipe II, y producto, otras, de los intereses encontrados de España y Holanda é Inglaterra en punto á la colonización y al comercio.

Los ataques más audaces procedieron, por entonces, de los ingleses, y comenzaron mucho antes de estallar la guerra entre ambos países. El objetivo de estas expediciones, como de las de todos los corsarios, era, más que conquistar territorios, apoderarse de los buques españoles que regresaban de América con metales preciosos y mercaderías, asaltar las ciudades de la costa que ofreciesen buen botín y ejercer el contrabando. Las inició John Hawkins, en 1564, 1566 y 1568, con tres correrías por las Antillas y golfo de Méjico. En las dos primeras obtuvo presas y realizó negocios importantes; en la tercera salió derrotado, y á duras penas pudo huir con dos buques menores. Siguiéronle otros muchos corsarios, de menos importancia por su nombradía, aunque de mucha por su número. En 1572 aparecieron los primeros holandeses en Nombre de Dios y también por entonces empezó sus correrías uno de los marinos más osados y de más fortuna que Inglaterra tuvo en aquel siglo, Francisco Drake. Hizo Drake muchas expediciones, unas por el golfo de Méjico y las costas de la Florida (1572 y 1585), atacando las ciudades de Nombre de Dios y Cartagena, y retrocediendo en Habana y Matanzas; otras, en la parte oriental de la América del Sur (el Brasil, 1577), y otras, en el Pacífico, atravesando el estrecho de Magallanes y logrando victorias y botín en Chile, Perú y otros puntos, aunque fué rechazado en el ataque al puerto de la Serena (1578). Siguieron su ejemplo Raleigh, que atacó á los pescadores de Terranova y tomó tierra en el litoral del N., llamándole *Virginia* (Estados Unidos), por adulación á Isabel I (1584-85), y volviendo en 1595 á la América del Sur, donde, tras de desembarcar en la isla de Trinidad, incendió á Santiago de Caracas; Thomas Cavendish, quien intentó varios golpes de mano en la costa de Chile (1586-87), sin gran éxito; y Ricardo Hawkins, el cual, después de apoderarse de algunos buques en Valparaíso, fué hecho prisionero por los españoles del Perú (1594). En una última expedición de Drake y Hawkins contra Nombre de Dios y otras ciudades del golfo de Méjico, fueron derrotados (1596). Ambos jefes murieron: Drake de enfermedad, Hawkins, al parecer, de una bala, en el ataque á Puerto Rico.

Los franceses dieron particularmente que hacer en la Flo-